



— *Tres tristes tigres*
Nora Correas

Textos de estudiantes (Maestría)

Metamorfosis

El proyecto literario, como búsqueda insistente de un real que siempre se le sustrae, porque lo que la literatura señala siempre está un paso más acá del referente. En el Seminario dictado por Pablo De Santis, esa experiencia de escritura se articula —como el propio escritor sugiere en la presentación— entre la imaginación y el encanto. Los textos de Mariela Pace y Ana Montes dan prueba cabal de una promesa: la del libro por venir.

La imaginación y el encanto

Pablo De Santis

Para el escritor, el título de un libro es la señal de que terminó su tarea, y de que todo está en pasado y ya nada se puede cambiar. Para el lector, en cambio, el nombre de un libro —un libro no leído— es una promesa, algo que pertenece al futuro, al reino de la posibilidad. Ningún autor tiene títulos más inspirados y excéntricos que Harry S. Keeler, olvidado escritor norteamericano, autor de extrañísimas novelas policiales donde prescinde del crimen, de la investigación y de los detectives. Reuní sus títulos con los de otros autores de viejas antologías, hasta formar un conjunto de unos treinta nombres.

El cuento de Mariela Pace surgió de ese enjambre, donde se mezclaban tesoros escondidos, armas secretas y vagas referencias orientales. “El lamento de Lien-Mieh” es un delicado cuento fantástico, que muestra el lazo entre dos mujeres lejanas. Un sueño, un espejo, una taza de té y la mirada de un perro son el puente invisible que cruza el tiempo, el espacio y el mar de la identidad.

Es probable que el texto de Ana Montes, “El collar de ámbar”, haya surgido de la invitación a escribir un recuerdo sobre un objeto; imagino que habré pedido que el objeto fuera viejo, por la creencia, caprichosa e infundada, de que lo viejo es más misterioso que lo nuevo. Pero poco importa la consigna en sí. Ha quedado un texto perfecto, donde el collar ilumina la relación entre la narradora y su abuela. Esconde en sus cuentas un poder secreto, la restitución del encanto y de la gracia. Así como el ámbar, resina fosilizada, suele guardar insectos u hojas de un pasado remoto, el collar del cuento encierra momentos de una vida.

El lamento de Lien-Mieh

por Mariela Pace

No, ya no tengo miedo. Me quedaré aquí, esperando, hasta que venga de nuevo. Mientras tanto, me obligo a repetir con fuerza mi nombre, mi edad, mi profesión, la dirección de mi casa, los datos básicos de identidad que podrían figurar en cualquier documento medianamente fiable. En cualquier momento podría olvidarlos, lo sé, como si fuera una certeza. Por eso los digo en voz alta, igual que un rezo, como si con sólo pronunciarlos pudiera resguardar mi lucidez, darle peso y consistencia. Irene Monti, setenta y cinco años, profesora universitaria jubilada. Irene. Lo repito insistentemente, aunque más lento, con cierta dificultad. Ya no me miro al espejo, si lo hiciera, podría ver a esa muchacha en mis ojos. Y sin embargo, es tan hermosa, con la piel blanca de porcelana y los párpados siempre hinchados de tanto llorar. La primera vez la vi en un sueño, un sueño triste, que me acecha desde entonces sin tregua, cada noche, hace ya... ¿cuánto tiempo? Es una campesina muy joven, de algún lugar remoto de Oriente, de otro tiempo. Apareció frente a la luna llena, en un campo atenuado por la niebla, había estado penando por un hombre que, después de que el abrazo del verano se hubiera desvanecido, se perdió para siempre en el silencio de la distancia. De los labios le caía un lamento, una especie de sollozo insistente que no cesaba, aun en el medio de las pesadillas.

Mi nombre es Irene. ¿Será el agotamiento lo que me confunde? No puedo perder el tiempo pensando en eso. Prefiero dedicarme a estudiar la fotografía que está en el aparador, aferrarme a ella, detenerme en los pliegues alrededor de los ojos, las arrugas finas

sobre el labio superior, el pelo ya ralo, la punta de la nariz caída por los años. A cada minuto —con más asombro y aturdimiento— intento recordarme, incluso en los más mínimos detalles.

¿Hasta cuándo podré saber quién soy? Dentro de poco, lo advino, no tendré ni siquiera el pequeño lujo de poder decir mi nombre. Al principio era solo por las noches; apenas cerraba los ojos el sollozo de la muchacha llegaba puntual, la veía dormida, lamentándose, después de haber paseado su pena por los campos o los arrozales. Durante un tiempo me conformé pensando que la vigilia era una coartada convincente que me alejaba de ella. Varias veces, lo confieso, he intentado dormir lo menos posible, aunque el cansancio me venciera. Sólo así estaba a salvo de sus sollozos. Una tarde, casi sin darme cuenta, escuché su quejido y advertí sus ojos grandes mirándome desde el aliento de una taza de té. ¿Qué podría ser más inofensivo que ese vaho perfumado y caliente que soplan los labios antes del primer sorbo mientras una se pierde en sus pensamientos o mira la estela que hace el azúcar al deshacerse en el líquido? Y sin embargo... Bastó un solo instante para percibir su lamento. Arrancadas cuidadosamente de jardines aromados, secadas con esmero en hornos de pino, oxidadas bajo rigurosas condiciones de temperatura y humedad, las hojas de té hablaron, a pesar de su levedad, con la potencia del veneno. De nuevo escuché, primero en susurros y después amplificado casi a los gritos, el deslizarse de las lágrimas, el dolor por el que se había perdido en el silencio espeso de la distancia. Hace unos días comprobé asombrada que ahora también aparece en los espejos. Apenas me miro, la veo a ella, con sus ojos hinchados, con su lamento interminable hasta ocupar todo el aire, como asfixiándome. Esta mañana, por ejemplo, reconocí su mirada sobre el hocico húmedo de mi perro. La cabeza ladeada, las

orejas gachas eran las de siempre, pero de Hilario —lo supe enseguida— no había nada.

A pesar de todo, ya no tengo miedo, quizá volverse loca sea como comprender algo extraviado hace siglos, como regresar por fin a casa después de haberse perdido. Me quedaré aquí, repitiendo mi nombre para no olvidarlo, hasta que vuelva; siempre lo hace. Quizá la realidad tenga la consistencia leve de una sombra. En el pliegue del tiempo, los límites se borran: un minuto o dos siglos, la vigilia y el sueño, la cordura y la demencia parecen ser lo mismo y una sola cosa. Irene, soy Irene, todavía lo recuerdo, todavía puedo decirlo. Ahí está de nuevo, como la primera vez que la vi aquella noche, cuando, después de pasearme bajo las estrellas de la constelación de la Gran Osa y de mostrar mi pena por aquel que se perdió en el silencio espeso a incontables li de distancia, me quedé dormida, llorando, y sentí, sin entender, que alguien me miraba. Ha regresado otra vez, como siempre, con esos ojos desorbitados que me acechan cada noche apenas me duermo. Ya ni siquiera despierta consigo librarme de ella. La he sorprendido observándome cuando me peino frente al espejo y asomada en los ojos de cualquier perro; a la hora del té, repite unas palabras extrañas con la mirada borrosa, como si intentara conjurar algo. A veces le tengo lástima, parece tan vieja..., otras, sin embargo, me aterra. Ha regresado de nuevo, otra vez está diciendo algo incomprensible, y ya no sé si es el cansancio o la pena lo que me está enloqueciendo.

El collar de ámbar

por Ana Montes

Mi abuela se paraba frente a su tocador de madera oscura para arreglarse. Cuando pienso en ese momento la veo en su bata de seda verde agua. En esos ratos, se masajeaba la cara con cremas, se perfumaba (siempre olía a hojas de eucalipto) y se cepillaba el pelo con un gesto de total parsimonia. A cierta hora, la de la siesta, le daban los rayos de sol y su pelo, casi siempre de un castaño opaco, se volvía rojizo. Después elegía un par de aros de clip de su cofrecito dorado y, por último, agarraba un collar del gancho del espejo. Pasaba los dedos de un lado al otro por los colgantes, casi librando la elección al azar. El sonido que hacían las cadenas al chocar entre sí me hacía entrecerrar los ojos. Yo la observaba acostada desde su cama sin decir nada, pero sabiendo que el dedo se frenaría en su collar de ámbar. Se destacaba del resto. Sus piedras eran cuadradas e irregulares, de un color anaranjado que cambiaba según el impacto de la luz. Mi abuela se lo colgaba, se corría el pelo a un costado y, una vez en su cuello, le daba una o dos vueltas, según el escote de su remera. Las piedras angulosas encastraban perfecto en sus clavículas marcadas. Ese era secreto de su belleza.

Una tarde, mientras mi abuela estaba trabajando en su huerta, pasé por su cuarto de camino al baño y el brillo del collar de ámbar me llamó desde la rendija de la puerta entornada. Tuve que entrar. Me pare frente al tocador, me puse un chuf de perfume y, en un movimiento rápido y decidido, escondí el collar en mi bombacha. Ese día aprendí lo fácil que es agarrar algo que no es tuyo. (Lo repetiría como un ritual privado a lo largo de un tiempo

hasta que, un día, la maestra del colegio me descubriría por el robo de un marcador multicolor, me haría pasar al pizarrón para disculparme con mi compañero antes de devolvérselo enfrente de toda la clase).

Cada noche, cuando todos dormían, me probaba el collar frente al espejo del baño de mi casa. Le daba una y dos vueltas como hacía mi abuela, intentaba encajar sus piedras irregulares en mis clavículas todavía demasiado tímidas. Me miraba de un perfil, y del otro, me sentía hermosa y sabia, tan distinta a la nena torpe que era durante el resto del día. Hasta que mamá me descubrió. Ordenaba los estantes de mi cuarto cuando se deslizó de un cajón una piedra anaranjada. Recuerdo su cara de desilusión y la tristeza que sentí cuando volví a ver a mi abuela con el collar en su cuello. La volvía tan elegante y hermosa, capaz de lo que sea.

Busqué ese poder a lo largo de mi vida muchas veces. Lo encontré en una chica trenzándose el pelo en el baño atestado de una fiesta en un sótano. En una monja rezando un rosario en un banco de Plaza Congreso. En los destellos de luz del Paraná cuando el sol del mediodía le quema encima. Y hace poco, cuando volví al cuarto de mi abuela después de muchos años. Ella estaba en terapia intensiva y yo pasé por su casa para llevarle unos pijamas. Me frené en el espejo para dar cuenta de mis ojeras y ahí lo vi: el collar de ámbar, brillando intacto entre la maraña de metales ya oxidados.